

SINAN ANTOON

Fragmentos de Bagdad



TURNER KITAB

Fragmentos de Bagdad

SINAN ANTOON

TRADUCCIÓN DE MARÍA LUZ COMENDADOR

COLECCIÓN KITAB



Título original

مريم يا

© Sinan Antoon, 2013

De esta edición

© Turner, 2014

Rafael Calvo 42, Madrid

www.turnerlibros.com

De la traducción

© María Luz Comendador, 2014

Asesor de la colección

Gonzalo Fernández Parrilla

Diseño de la colección

Setanta

ISBN: 978-84-16142-76-7

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento o trasmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.

JUAN, I, 11

Índice

VIVIR EN EL PASADO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

FOTOGRAFÍAS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

VIVIR EN EL PASADO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

LA MADRE TRISTE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

CORDERO DE DIOS

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Capítulo 5

ADVERTENCIA

NOTA DE LA TRADUCTORA

VIVIR EN EL PASADO

1

—¡Usted, tío, es que vive en el pasado!

Maha lo dijo nerviosa, mientras abandonaba la sala de estar después de la acalorada discusión que acabábamos de mantener. Su marido, sin saber qué hacer y con el rostro encendido, la llamaba a voces:

—¿Adónde vas, Maha? ¡Ven aquí! ¡Maha!

Pero ella subía ya las escaleras hacia el piso de arriba. Él se disculpó mirándome con ojos tristes y me dijo, en un tono empañado por el apuro que sentía:

—No se lo tenga en cuenta, tío. Ya sabe usted el cariño que le tiene y cómo lo respeta. Pero es que no puede. Tiene los nervios fatal.

Antes de que se me ocurriera qué responder, llegaron a nuestros oídos sollozos entrecortados desde el piso de arriba.

—Déjalo. No pasa nada. Anda, ve a calmarla. Cuídala y anímala —murmuré.

El marido se levantó del sofá gris en el que se habían sentado y se acercó a mi silla, que estaba justo delante del televisor. Se inclinó para besarme la cabeza y, poniéndome la mano en el hombro, me dijo:

—Lo siento. Écheme a mí la culpa, pero no se lo tenga en cuenta a ella.

Y se marchó despacio, escaleras arriba.

Yo me quedé solo, sentado ante la pantalla del televisor, en la que la voz del locutor y el griterío de los invitados se iban solapando. No distinguía sus voces con claridad. Los rostros se volvían brumosos, como si estuvieran a punto de desaparecer. Oía solo una frase, que se repetía lenta dentro de mi mente:

—Usted vive en el pasado.

2

No dormí bien. Me quedé dando vueltas a oscuras, repasando una y otra vez aquella fugaz sentencia que Maha había pronunciado sobre mí. En silencio, me repetí a mí mismo la pregunta: ¿será verdad que vivo en el pasado? A la que respondí con otra: ¿cómo no habría de vivir en el pasado alguien de mi edad, aunque solo sea un poco? Tengo más de ochenta años, la mayor parte de los cuales son pasado. Mucho no me queda. Ella acaba de entrar en la veintena. Por muy sombrío que se muestre el presente, tiene el futuro entero por delante. Tiene buen corazón y mejores intenciones. Sigue siendo pequeña, como su pasado. Pero llegará el día en que este vaya creciendo, y comience ella también a visitarlo, a dedicar horas a recorrerlo, por muy desgraciado que haya sido. Porque también ella destilará lo dulce y hará que cicatricen sus heridas. Y luego está la cuestión de si el pasado muere, en esencia, para que no podamos vivir en él. ¿No es acaso el pasado persistente y vivo en cierto modo? ¿Algo que convive y litiga a un tiempo con el presente? ¿O permanece quizá prisionero en los marcos de las fotografías que cuelgan de los muros de la memoria a lo largo de miles y miles de metros, o de las paredes de nuestra casa, o en aquellas que se guardan en los álbumes de fotos? ¿O es que ella no se queda a ratos mirando las fotos colgadas y no me ha preguntado más de una vez qué parientes son esos que están ahí plantados, dentro de los marcos? ¿Adónde los condujo la vida, cómo y cuándo los arrastró la muerte? ¿No me pide ella que le cuente las historias que se encierran en las fotografías? Yo siempre accedo con entusiasmo, las adorno con detalles y a veces sigo el hilo que las une a otras fotos. O tal vez el hilo que las lleva a otras historias

que el objetivo de la cámara no registró. Historias que permanecen colgadas de mi memoria con sus ayes y sus sonrisas; y otras, encerradas en el archivo que custodia el corazón.

¿Será verdad que estoy huyendo del presente para refugiarme en el pasado como ella me reprocha? Y de ser cierto, ¿qué mal hay en ello, estando como está el presente plagado de atentados, bombardeos, muerte y barbarie? Tal vez el pasado sea una especie de huerto casero que se ama y se cuida como si fuera un hijo. El lugar al que se acude para huir del estruendo y la furia del mundo. Mi paraíso en el corazón del infierno; mi «territorio independiente», como lo llamo a veces; y al que defiendo porque al igual que esta casa es lo último que me queda.

Tengo que perdonarla, porque su tiempo no es el mío; porque su juventud no es la mía. Ella abrió sus ojos verdes a las guerras y al embargo, probó pronto el sabor de la sequía, la muerte y el éxodo. Yo en cambio viví tiempos de bonanza, aún los recuerdo, y sé que existieron de verdad.

3

Me levanté a las seis y media sin despertador, como tengo por costumbre desde hace años, desde que mis tripas se convirtieron en este magnífico despertador natural que me avisa para que haga varias visitas al aseo. Me quedé parado ante el espejo del baño, que está junto a mi dormitorio. Me lavé la cara y me afeité. Lo hice sin canturrear ninguna de mis canciones favoritas, como suelo, porque estuve intentando evocar los detalles del sueño que había tenido. Saqué la dentadura postiza del vaso de agua y me la encajé bien en la boca. Los dientes se me cayeron hace años, y durante mucho tiempo la dentadura me produjo molestias, hasta que me habitué a ella. Me consuela el haber conservado el cabello blanco y fuerte. Cualquier cosa menos la calvicie. Y sin embargo, en el sueño yo era calvo. Un dato fundamental que convertía el sueño casi en pesadilla. La casa era exactamente igual en todos sus detalles, pero se había transformado en un museo, y cada una de sus habitaciones, en una sala. Las camas y las sillas estaban cercadas por cordeles y exhibían cartelitos que prohibían acercarse a ellas y tocarlas. Yo trabajaba como guía, explicaba cuál había sido la historia de cada habitación, quiénes habían vivido en ella y adónde habían acabado por emigrar. Escuchaba murmullos y risas, pero no veía a nadie. Pasaba de una sala a otra buscando a los visitantes, pero estaban vacías. Luego oía la voz de un hombre y lo veía caminar por el pasillo en medio de un grupo al que explicaba algo sobre una de las paredes de la casa. Me acercaba a él gritando: «¡Esta casa es mía! ¡El guía soy yo!». Pero nadie me oía ni se percataba de mi presencia. Entonces me miraba al espejo y veía que estaba calvo.

Me peiné dando gracias a Dios otra vez por haber conservado el pelo. Abrí los ojos y me los miré fijamente acercando la cara al espejo. Mis cejas espesas y grises se alzaron un poco, y se redujo así la distancia entre las arrugas con las que la edad había marcado mi frente. Me alejé del espejo para secarme la cara y la frente por última vez.

En el trayecto entre el baño y la cocina, a la que me dirigía para preparar un té, me detuve ante el calendario colgado de la pared, como todos los días. Era una vieja costumbre de la que no había conseguido desprenderme ni después de jubilarme, cuando mis días quedaron libres de compromisos y fueron menos mis ocupaciones y deberes. Adquirí la costumbre de detenerme a tachar —con un lápiz atado a una cuerdecita, colgado del mismo clavo que el calendario— el día pasado como anuncio del comienzo de uno nuevo. Me fijé en la ilustración del mes: un banco vacío sobre el que yacían, igual que en el pavimento de debajo, hojas amarillas otoñales, caídas de un árbol del que no se veía más que el tronco. Bajo la imagen quedaba solo un domingo, último día de octubre del año 2010. En esa casilla yo tenía anotado a lápiz: «Aniversario de la muerte de Hinna», que es el nombre de una hermana mía fallecida una mañana como aquella, siete años atrás. Eso había escrito yo, a pesar de que para mí fuera imposible olvidar la fecha. Hacía ya un mes que había ido a la iglesia a encargar una misa por el descanso de su alma y había dejado una limosna. La misa no sería en la iglesia de las monjas, que recientemente había cerrado sus puertas a los fieles por motivos de seguridad. Esta había sido para ella como un segundo hogar y a ella había acudido a diario durante décadas, pero aun así se celebraría en la de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, la del arco, que es como la llamábamos nosotros. Esta última era la iglesia a la que iba los domingos con su marido, porque él era siriaco. Hinna no

iba a molestarse por que la misa se celebrara en la iglesia siriaca y no en «la nuestra», como decía para referirse a la iglesia caldea. La diferencia era mínima, apenas la lengua de la celebración, que es parecida y de la cual se puede comprender algo. Además, ambas son católicas, y al fin y al cabo lo esencial es que las plegarias lleguen a Dios, sea cual sea la lengua y la confesión de la que partan.

Qué rápido han pasado los años desde aquella mañana. Siete años que habrían desconcertado a Hinna de seguir viva, porque han superado con creces lo ocurrido hasta entonces, lo ocurrido incluso en sus últimos meses de vida, cuando la última guerra ya había comenzado.

Siempre se levantaba antes que yo y me preparaba el té. Ella bebía dos vasitos con un desayuno sencillo: una rebanada de pan con queso blanco, o amarillo si lo había, y una cucharada de mermelada de melocotón o higo que le gustaba preparar con sus propias manos. Me dejaba el té sobre el hervidor del agua, que había puesto a un fuego mínimo para que no se me enfriara y así pudiera tomarlo nada más levantarme. Luego se iba a la iglesia caminando. Como el ritmo de sus pasos se había vuelto lento en los últimos tiempos, tenía que echarle paciencia y apoyarse en un bastón. A pesar de ello, se negaba a despertarme para que la llevara en coche, igual que se negaba a escuchar mis consejos de que fuera a la iglesia solo el domingo, y no todos los días. Era muy, muy obstinada, sobre todo en lo que tuviera que ver con la observancia religiosa.

Aquella mañana, cuando entré en la cocina, Hinna no había preparado el té. La tetera estaba bocabajo, colgada junto al fregadero, como la noche anterior. Pensé que tal vez no se encontrara bien. Llené de agua el hervidor y lo coloqué sobre el quemador de la derecha, después de haberlo encendido con una cerilla. Puse dos cucharadas grandes de té en la tetera y vertí sobre ellas un poco de agua, la tapé y la coloqué sobre el hervidor en espera de

que se calentara el agua, para luego echarla sobre el té. Salí de la cocina y me dirigí a su dormitorio, al final del pasillo, antes de la puerta del patio trasero. La suya estaba cerrada. La llamé y di tres golpes en la puerta:

—Hinna. Hinna. ¡Hinna!

No contestó. Giré despacio el picaporte y abrí intentando no hacer ruido. La encontré dormida. Las cortinas estaban echadas, pero el sol mañanero se colaba por los lados y por la rendija que quedaba entre ellas. Crucé la puerta de aquel dormitorio, que pocas veces había pisado. Pulsé el interruptor que había a la derecha, pero la luz no se encendió. Me acordé entonces de que el día anterior me había dicho que la bombilla estaba fundida, que había que cambiarla, y de que yo le había prometido hacerlo. Me reproché el haberlo dejado por no ser capaz de traer la escalera del trastero. Las rodillas me iban a doler sin remedio cuando me subiera a la escalera para cambiar la bombilla. Me había puesto la excusa de que la electricidad estaba casi siempre cortada, y nosotros, para ahorrar con el generador, por la noche recurríamos a las velas. Pero ya no se podía demorar más. La llamé otra vez:

—¡Hinna! ¿Qué te ocurre? Levántate, Hinna.

Di un paso hacia la derecha para abrir las cortinas. El sol invadió el cuarto de golpe. Me tapé los ojos para no deslumbrarme. Volví hasta la cama. Seguía tumbada del lado izquierdo, tapada con la colcha hasta la altura de los hombros. Me acerqué desde la izquierda y la miré fijamente. Tenía los ojos cerrados, y unos mechones plateados descansaban desgreñados sobre la almohada, bajo la cual sus manos estaban juntas, agarradas a un rosario de cuentecillas rojas que nunca soltaba, con el que iba marcando la cadencia de oraciones y letanías. El rosario remataba en una pequeña cruz de plata que reposaba junto a su boca. Debía de haberla besado antes de quedarse dormida. Me agaché para sacudirla suavemente por el